

CAPÍTULO XXVII

EL QUE LLAMÓ A LA PUERTA DEL MESÓN

ROULETABILLE mejoraba visiblemente desde la visita de la vieja curandera cingara; no le dolía, no le ardía la espalda; ni siquiera el pie le hacía daño. Desaparecido todo dolor físico al parecer, su alegría íntima fué profunda. Se deslizó del lecho, y, acomodado detrás de la ventana, su vista se explayó por las copas de los abetos y atisbó en los claros del bosque las sombras que se agitaban en torno de las hogueras.

¡Zina! Fué Zina la que le visitó, la que le curó a su modo, aturdiéndole primero con curiosas invocaciones. Cuando hubo terminado sus misteriosas preces a no se sabe qué dioses infernales, el repórter le preguntó su nombre, modo muy sencillo de saberlo. Respondió la vieja que se llamaba Zina. Mientras le frotaba, según los ritos de una ciencia secular, ¡con qué cautela y habilidad se lo preguntó Rouletabille *para cerciorarse de que era la mismísima Zina!* Poco faltó para que hasta le confesase

que venía, como tantos otros, de Santas Marías del Mar. Y ¡qué emoción reveló, a pesar del esfuerzo para disimularla, cuando el repórter se refirió con breves palabras al drama de Lavardens, *que había leído*—dijo—*aquella misma mañana en un periódico.*

¡Ah! Esto duró poco. La vieja no preguntó, por lo demás. Le fajó la espalda en dos tiempos y tres movimientos y se sumergió en las sombras de la noche cual viejo mochuelo.

Quizás el repórter debió ser más prudente, pero era preciso saber con certeza que era Zina. Porque siendo Zina, a pocos pasos de allí estaba Odette.

Ahora ya no se le escapaba la pobre prisionera, ni se le escapaba la chusma que se le llevaba. Su liberación era problema de veinticuatro horas, el tiempo preciso para avisar a las autoridades de New-Wachter. Nada más sencillo. A este propósito llamó al dueño del mesón, Otto, un suizo alemán grasiento, siempre al parecer medio dormido, si bien para despertarle del todo bastaba enseñarle—argumento decisivo en estos tiempos difíciles, en los que tan gran importancia mundial tiene la moneda fiduciaria—una cartera bien provista de buenas divisas, desde luego no impresas ni en Viena ni en Moscou.

Sin embargo, Otto explicó a su generoso cliente que sería completamente imposible molestar a las autoridades antes del día siguiente por la mañana. ¡Maldito contra-tiempo! Rouletabille no dejó de tomar sus precauciones para que esas autoridades fuesen lo antes posible preve-

nidas. Entretanto, como casi siempre, sólo podía contar consigo mismo.

No le inquietaba mucho la llegada, para él inminente, de Andrés y Calixta al campamento de los bohemios. Podían ya estar tranquilos; debían de suponerle descalabrado, si no muerto, después del lance del tren; hecho papilla por el convoy subsiguiente. En todo caso se creían ya libres de Rouletabille por mucho tiempo.

El repórter se llenó de pertrechos y cargó el revólver. Procuraba no apoyarse en el pie izquierdo, que de nuevo le dolía, y se percató con espanto que sólo valiéndose de un pie podía acercarse al campo, que quería vigilar de cerca.

En este momento pasó bajo la ventana el pastorcillo, con cuya ayuda pudo llegar al mesón. Abrió la ventana, le llamó y le dijo que le daría espléndida recompensa si ojo avizor no perdía detalle de cuanto hicieran los bohemios y le avisase al menor movimiento de levantar el campo. Tranquilo por este lado, se frotó el pie y empezó a fajárselo con fuerza.

Entonces fué cuando desde fuera, y con violentos golpes, llamaron a la puerta del mesón.

Fué a rastras hacia la ventana y miró. El hombre que golpeaba a la puerta iba envuelto en un gran capote y calaba la cabeza con un fieltro de anchas alas. Rouletabille se estremeció. Le sugirió el instinto que aquella nocturna llegada del desconocido no era extraña al drama que le había a él llevado también a New-Wachter. Re-

cogió todos sus alientos y bajó; por lo demás, desde que fajó el pie podía apoyarse en el suelo y era soportable el dolor. Además, ya empezaba a advertir los efectos del bálsamo con que le frotó la vieja hechicera; la espalda iba bien y ya podía mover el brazo. Las brujas saben lo suyo.

Bajó y entró en el recibidor de la posada cuando el dueño, lámpara en ristre, después de hablar con el que llamaba, le abrió la puerta. La luz dió de lleno en el rostro del recién llegado: ¡era Hubert!

Rouletabille, estupefacto, retrocedió hacia las sombras; pero Otto, cerrada ya la puerta, puso la lámpara sobre la mesa. Hubert, al parecer, venía extenuado. Se desplomó en una silla, tiró el sombrero y dijo:

—Tengo hambre.

En un mal francés, salpicado de peor alemán, le dijo el dueño que llegaba muy tarde y sólo podía ofrecerle sobras. Se abalanzó sobre ellas y las engulló. Aplacada el hambre, dijo:

—¿Ha mucho que tienen ustedes en la comarca a esos bohemios?

—Ha dos días—respondió Otto—, y quisiera verlos a cien leguas de distancia. No me dejan dormir en toda la noche.

—Y ¿por qué?

—Temo que me roben. Son capaces de todo. Sin embargo, he de reconocer que hasta hoy cuanto me han cogido lo han pagado.

—¿Qué hacen aquí?—preguntó Hubert.

—Pregúnteselo usted; no se van de la lengua.

—Voy a decir a usted lo que hacen aquí—dijo una voz entre sombras.

Hubert volvió bruscamente la cabeza hacia el sitio de la voz.

Entonces Rouletabille dió unos pasos y extendió la mano:

—Buenos días, señor de Lauriac.

Hubert se irguió galvanizado.

—¡Usted... usted aquí!

—Si está usted, ¿por qué no he de estar yo?—repuso Rouletabille, acercando un taburete a la mesa y pidiendo de paso una botella de Rhin.

—El mejor Rudesheimer que tenga.

Y mientras Otto bajaba a la bodega, dijo a Hubert:

—Ha hecho usted mal hace un momento no estrechándome la mano, señor de Lauriac: porque somos dos buenos amigos o al menos vamos a serlo. ¿Quiere usted que le diga qué han venido a hacer aquí estos bohemios?

—Huelga que lo diga—replicó Hubert con voz apagada y mirando hostilmente al sitio del repórter—: ¡lo sé!

—Y sin duda por ello hemos tenido el placer de verle por aquí—repuso el periodista con simpática sonrisa.

—El placer es entera y exclusivamente de usted—replicó Hubert gruñendo como un oso.

Rouletabille soltó la carcajada:

—Decididamente, no hay medio de cogerle ni con los

dedos... ni con pinzas..., ni de cerca... ni de lejos. ¡Ah! ¡Cómo me quiere usted!

—Usted tiene la culpa de que me esposasen—le espetó Hubert—. No lo olvido.

—Ya se ve, pero sí olvida que yo rompí esos grilletes. Señor de Lauriac, juguemos limpio. Aquí nos ha rendido el mismo designio, perseguimos el mismo fin, usted en favor suyo, yo en favor de mi amigo Juan. Lo mejor que podemos hacer es asociarnos. Uno y otro tenemos, ante todo, vivo interés de arrancar a Odette de las garras de esos bandoleros. ¡He aquí lo que domina todo! Luego hablaremos. ¿Qué le parece a usted?

Apareció en esto el patrón con la botella y fuera ladró el perro.

—Creo que son esos malditos bohemios que andan rondando mi conejera—dijo.

Dirigióse a la ventana y abrióla a la noche opaca súbitamente anegada en silencio.

—Deje usted la ventana abierta—rogó Rouletabille—; nos ahogamos aquí.

El patrón encendió la linterna y dijo:

—Perdóneme: voy a dar una vuelta.

Una vez ido, preguntó Rouletabille:

—¿Y qué?

—Pues bien—respondió Hubert—: he reflexionado; me avengo.

Pensó ante todo que le era forzoso acceder a la propuesta del repórter; sin duda les molestó a uno y a otro.

Coincidir en aquel paraje, cuando uno y otro confiaron en verse allí sin envite, pero al fin, su momentánea alianza les daba al menos la ventaja inmediata de vigilarse mutuamente...

—¿Amigos, pues?

—Amigos.

Rouletabille le estrechó la mano.

—A propósito. ¿Cómo se halla usted aquí?—le preguntó Rouletabille intrigado, pues por cálculos, razonamientos y deducciones suponía a Hubert yendo por el camino más recto a Lever-Jurn...

—Pues bien: ¿y usted?—preguntó Hubert, que a pesar de las protestas últimas de amistad, no se avenía de ningún modo a entregarse.

—¡Oiga!—repuso el periodista—, no juguemos a listos. Le ganaría a usted. Es usted lo bastante inteligente para no dudarle. Es preciso que uno y otro nos convenzamos de que no llegaremos a buen término echándonos la zancadilla. De ello se aprovecharían los bohemios.

—¡Bah!—replicó Hubert con despego—: ¿qué pueden hacer ahora cuando hemos dado con ellos? Por fuerza han de entregarnos a la señorita de Lavardens. Ya tengo avisado a las autoridades, que se presentarán mañana por la mañana.

—Ocioso—repuso Rouletabille—. Yo envié un propio a New-Wachter. Sin embargo, no hay que ilusionarse. El asunto no se ofrece quizás tan sencillo como usted cree, y en seguida voy a decirle a usted por qué: primero, porque

es tarea propia de los bohemios llevar de cabeza a las autoridades; y después, porque nos vamos a ver con dos personajes con los cuales usted no cuenta seguramente.

—¿Cuáles?

—Con Andrés y Calixta...

—¿Con Andrés y Calixta?—exclamó Hubert—. Yo les creía encarcelados.

—Les urdí la fuga.

—¿Usted? Y ¿por qué ha hecho usted tal cosa? ¡Usted olvidó sin duda el juramento que hicieron de no devolver a Odette sino muerta!

—Hice eso porque quise que me enseñaran el camino por donde encontrarla.

—Entonces, ¿usted los siguió?

—Dios mío, claro que sí...

—¡Ahl! ¡esto es muy fuerte!

—Dios mío, esto no está mal—dijo modestamente Rouletabille—; y ahora que se lo he contado a usted todo, a usted le toca el turno de hablar; le escucho. ¿Usted partió para Lever-Jurn, no es eso?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Por ciertas deducciones... ¡Ahl, no se asombre usted por tan poco y no eche en saco roto que lo que no sepa ahora no lo sabré mañana. ¿Estamos? No perdamos, pues, el tiempo...

Hubert contempló un momento en silencio a Rouletabille. Tanta seguridad le desconcertaba un poco... ¿Hablabla seriamente? En fin, rompió a hablar,

—Pues bien: no tengo inconveniente en decirle que partí, en efecto, para Lever-Jurn con el propósito de ver al patriarca, al cual conozco. Usted no ignora que el patriarca de Transbalkania es el jefe religioso y hasta, puede decirse, el director político de toda la raza romanca; al menos, la inmensa mayoría de los bohemios le tienen como a tal. El puesto que ocupa le confiere un poder excepcional; no hay cingaro que al menos una vez en la vida no haya ido en peregrinación Lever-Jurn, como no hay mahometano que no quiera ir, antes de morir, a la Meca. Siendo, en realidad, omnipotente con los fanáticos, una palabra suya puede lograr no poco. Quise ir a suplicarle que intercediese en el asunto de la señorita de Lavardens y destacarle los peligros de rapto tan audaz, la repercusión tan nefasta que tal proceder tendría en toda Europa en contra de todos los cingaros.

—Perfectamente; comprendido...—dijo Rouletabille, interrumpiendo con la seriedad de un pontífice—. ¿Y qué?

—Llevaba nada más que veinticuatro horas de marcha, cuando topé con un cingaro montado a caballo que venía de Lever-Jurn. Parecía muy fatigado de la etapa recorrida; nos detuvimos, pues, en una venta y charlamos. Es menester que le diga que para presentarme en Lever-Jurn y atravesar un país hostil por prejuicio a todo extranjero, me disfracé de bohemio...

—Buena precaución—repuso Rouletabille—. Se ve que sabe usted viajar.

—Aquel hombre, a pesar de la fatiga, hervía de sagrado regocijo y me invitó a alegrarme con él; me dijo que se acercaban los grandes días y que Lever-Jurn vería pronto a su querida reina. Le dejé divagar, prestando escasa atención a su fanático palique...; pero pronunció dos nombres que me estremecieron: Andrés y Calixta. Me preguntó si conocía a Andrés... Le respondí que sí, que era buen amigo mío y que fuimos juntos en peregrinación años ha a Santas Marías del Mar. En una palabra, me capté de tal modo su confianza que me reveló que Andrés y Calixta eran los encargados de llevar a Lever-Jurn a la *queyra*. Así el patriarca bautizó a la que se buscaba, a la esperada, en fin, a la enviada de Dios. La *queyra* quiere decir en cingaro Mesías. En fin, el gran sacerdote había dado el encargo a este bohemio de llevar a Andrés y a Calixta ciertas instrucciones secretas, y a ese fin venía a New-Wachter, en donde calculaba encontrarles.

—¿No se sabía, pues, en el patriarcado la detención de los dos romanchos?

—Es lo que me pregunto. Lo que puedo describirle es mi estado de espíritu después de esta confidencia. Acordándome de las confesiones de Andrés y de Calixta, no dudaba un instante de que la joven llevada a Lever-Jurn por estos bandoleros de cingaros era la señorita de Lavardens. Pero ¿qué quería decir ese cuento de querida reina? ¿La hija de los Lavardens reina de los bohemios! No comprendía de aquello nada ni me lo explico aún.

—Ni yo—repuso ingenuamente Rouletabille—. ¡Si que es de todo punto singular!

—A este propósito, señor, usted que visitó con frecuencia el Antiguo Castillo Nuevo y tuvo frecuentes ocasiones de ver a la señorita de Lavardens en traje de velada, ¿preparó usted si tenía una señal en la espalda?

—Noté, sí, que no tenía ninguna—declaró Rouletabille—. Pero ¿por qué me lo pregunta?

—Por nada o, mejor, sí... Me acuerdo de que el bohemio, al cual dejé continuar solo su camino, dispuesto, como estaba yo, a llegar aquí antes que él por otra carretera; me acuerdo que este hombre me dijo que los cingaros de Santas Marías habían *logrado descubrir a su reina, merced a la señal que llevaba en la espalda, y por ello le pregunté si está usted seguro de que la señorita Lavardens no tiene señal alguna.*

—Ninguna, se lo aseguro. Tiene la espalda tan blanca y limpia como la nieve; al menos en lo que permite afirmar el casto descote de una joven... Pero, dicho entre nosotros, aunque tuviera una señal en la espalda, me parece que no sería suficiente ese hecho para convertir en cingara a la heredera de los Lavardens.

—Señor, me he limitado a repetir lo que me contó en su exaltación ese hombre.

—Y ha hecho usted, bien, señor, porque de esta extraña historia se desprende la necesidad que tenemos de salvar lo más pronto posible a la señorita de Lavardens de esa cuadrilla de fanáticos...

—Evidentemente—musitó Hubert, súbitamente pensativo.

En este momento resonaron de nuevo ladridos de perros, y Rouletabille se deslizó hasta la ventana y escrutó las tinieblas, ya más ralas, de la noche.

CAPITULO XXVIII

EN EL CUAL A OLAJAI LE PESA HABER HABLADO DEMASIADO

EN el campamento de los bohemios, la vieja Zina, aprovechándose de la momentánea ausencia de Calixta, corrió hacia la carreta, donde halló a Odette temblorosa, bañada en lágrimas de espanto y aterrorizada por la súbita aparición de la pareja cingara. ¿Qué ocurría? ¿Por qué Andrés y Calixta volvían a su lado? ¿Qué nuevo peligro la amagaba?

Muy presente tenía aún la escena de la gruta, muy presente el cuchillo que esgrimió aquella gitana amenazándola con terrible furia.

Zina la acogió en brazos, cubrió sus manos de besos y trató de tranquilizarla, jurándole que era cosa sagrada, la cual nadie se atrevería a tocar. ¿Acaso desde que convivía con ellos podía quejarse de malos tratos? ¿No tenía a todos, por lo contrario, postrados a sus pies como ante Santa Sara? ¿No se había apelado a todo para dis-

traerla? ¿Y las danzas del atardecer? ¿Y las canciones al son de las guitarras? ¿No era acaso su adorada reina?

—¡No llores! ¡No llores! Allá abajo una gran sorpresa te espera... Ante ti las puertas se abrirán y a tu paso no verás más que cabezas inclinadas.

Las dos hablaban a la vez. Odette respondía a sus caricias asiéndola y repitiendo por milésima vez que quería volver a Lavardens; la vieja hechicera seguía impertérrita su profecía, absorta en un éxtasis que la tornaba insensible a los ultrajes de la niña.

Súbitamente bajó del tripode, porque se oyó la voz de Calixta y el tumulto se reanudó con mayor furia en torno de la carreta.

Zina recomendó a Odette que no se moviera y bajó; pero Odette corrió al punto a su observatorio y hasta se arriesgó a entreabrir la ventanuca de la guardilla con la esperanza de aprehender algunas palabras que le revelasen el significado de la inopinada agitación de los bohemios.

En el fondo de su alma se preguntaba si acudían quizás a libertarla. Esta era su obsesión, el pensamiento único que de noche la despertaba con sobresaltos y abría sus oídos a todos los ruidos misteriosos de la campiña. ¡Ah! ¡Cuándo se vería libre de aquella horrible pesadilla! Y he aquí que de pronto una palabra escapada de labios cíngaros viene a herir su oído: «¡Rouletabille!»

Por poco no lanza un grito: ¡tan fuerte fué la sorpresa!

¡Rouletabille! ¡Rouletabille! ¡Ah!, ya no temblaba de espanto..., sino de esperanza. ¡Rouletabille! El nombre acababa de ser pronunciado allí muy cerca por los labios de Calixta; de Calixta, enzarzada en borrascoso conciliábulo con Andrés y Sumbalo... Este ordenó levantar el campo inmediatamente, y al mismo tiempo advirtió a todas las carretas el peligro que corría la sagrada niña.

Ahora bien: Calixta, en una lengua que Odette no comprendía, exponía, por el contrario, al jefe de la tribu que no debían moverse, que si huían todos estaban perdidos, y acabarían por apresarlos; porque a lo más eran un centenar en aquel bosque y era locura pretender pasar inadvertidos, sobre todo... de Rouletabille.

Calixta, prevenida por Zina, fué a husmear en torno del mesón y atisbó en la ventana del piso bajo al más temible de sus enemigos. ¿No se verían jamás libres de su alcance? Dentro de unas horas, al rayar el día, quizás estarían allí, previsto todo para arrebatárselos a Odette.

Sólo de un medio disponían para zafarse de aquel trance peligroso: ser más astutos que él. Y para ello sólo cabía un recurso: el viejo Sumbalo y todo el escuadrón de cíngaros le esperarían a pie firme, y Andrés y Calixta, con Odette oculta en el fondo de otra carreta, se alejarían rápidamente adelantándose y no viajando más que de noche...

No había que perder momento... ¡Quizás ya estuviesen espiondo el campo!

Dejóse convencer el viejo Sumbalo, diéronse nuevas

órdenes, obedecidas a regañadientes por los bohemios, y después de mil protestas... Algunos proferían gritos de rabia y de amenazas. En fin, un nuevo incidente vino a desatar la cólera de todos.

Olajai, a favor de la distracción de Andrés, había huído. El enamorado de Calixta lo advirtió en el preciso momento en que el antiguo criado de Rouletabille acababa de salir solapadamente del círculo iluminado por las hogueras.

Y gritó perjurando: «Olajai».

Calixta comprendió la fuga.

Los dos saltaron y los demás les siguieron. Era preciso atrapar al hermano traidor, costase lo que costase.

¡Ah! Olajai presentía que corría el peligro de rendir cuentas mientras Rouletabille anduviese por los alrededores y sólo había pensado en sustraerse al mal destino que le aguardaba... Quizás fué en persona a avisar a Rouletabille.

Calixta ordenó a Andrés:

—Corre: ve por el atajo que corta el camino del mesón...

Y dirigió la persecución con tan pasmosa estrategia, cercando al desdichado, obligándole a saltar de maleza en maleza, como alimaña batida, que a poco el infeliz fué a dar en los brazos de Andrés, que le acechaba detrás de un árbol.

Andrés le agarró con sus manazas como si fuera a atraparlo, lo machacó con sus potentes brazos y lo volvió

al campamento, más muerto que vivo, convertido en pingajo apenas palpitante, y arrojándolo en medio de los cíngaros, les dijo: «Os lo regalo. Podéis hacer de él lo que queráis. Es un traidor: si no hubiese hablado, no hubiéramos estado allá...; él es la causa de todas nuestras desgracias... Si un día nos roban nuestra reina, él lo habrá querido.»

Todos rugieron en torno de Olajai, que a duras penas pudo ponerse de pie, levantándose presa de espanto sin nombre.

Una puñalada en la espalda le hizo rodar por el suelo.

Odette, que continuaba observando desde la carreta, con ansia creciente, lo que ocurría, lanzó un grito de horror, pero en el mismo momento se abrió la puerta de su cárcel ambulante y Andrés se abalanzó, la envolvió en una manta y se la llevó como si pesase no más que una pluma. Zina, con gestos de loca, corrió silenciosa tras el cíngaro. Calixta les siguió.

Minutos después se desarrolló en aquel rincón del bosque, en torno de la hoguera, cuyo rescoldo avivó el fanatismo milenarista de una raza que no conoce límites a la venganza, una escena que exigiría el pincel de Goya para ser reproducida en la imponente y bárbara grandeza de todo su horror.

Seres fantásticos, demonios, espectros o monstruos se agitaban en torno de las brasas en que ardían rostros humanos.

Un hedor abominable, que parecía emborrachar a

aquellos seres escapados de otro mundo, ascendía a las copas de la arboleda.

La joven Ari, de bellos ojos claros, esplendor de sus quince primaveras, tumbada en la hierba y apoyada la barbilla en sus manos de bronce, sonreía al suplicio de Olajai.

Este no murió de la puñalada recibida y debió de lamentarlo mientras se le achicharraba a conciencia los pies.

Para no oír sus vanas protestas, la vieja Oliva, sonriéndole con sus tres vacilantes dientes, le hundió en la boca un jirón de su chal.

Sumbalo, sentado en la pértiga de una carreta, presidía callado la ejecución con gravedad majestuosa, que le hubiera envidiado el Gran Inquisidor.

Una docena de monicacos saltaban en torno de aquel festejo peculiar, dando singulares brincos, cual corresponde a pequeños retoños de la Ruta.

Suco el herrero sujetaba tan fuertemente los tobillos del paciente, que éste parecía complacerse en el tormento.

Suco tenía manos de bronce insensibles al fuego... pues los pies de Olajai, ablandados en el servicio de los rumies, suministraban a la llama todo el sebo deseado (1).

(1) La segunda parte de ROULETABILLE Y LOS GITANOS se titula *El Pulpo*, publicada en esta misma colección.

INDICE

Páginas.

PRIMERA PARTE

EL LIBRO DE LOS ANTEPASADOS

CAPÍTULO PRIMERO.—En el cual, por primera vez, se trata de <i>El Pulpo</i>	7
CAP. II.—Calixta.....	17
CAP. III.—Olajai.....	23
CAP. IV.—El Mediodía se conmueve y la Camargue también.....	33
CAP. V.—Lou Cabanou.....	41
CAP. VI.—Un trozo de tela de color avellanado.....	47
CAP. VII.—Estefanía.....	53
CAP. VIII.—En el cual aparece de nuevo el signo faltal..	59
CAP. IX.—Hubert de Lauriac.....	65
CAP. X.—Ojo a <i>El Pulpo</i>	89
CAP. XI.—En el cual Rouletabille expresa concretamente su opinión acerca del asesino.....	103
CAP. XII.—Rouletabille, al acecho.....	111
CAP. XIII.—Explicaciones.....	117
CAP. XIV.—El sueño del gendarme.....	123
CAP. XV.—La información del gendarme.....	135
CAP. XVI.—Rouletabille cuenta historias.....	145
CAP. XVII.—Un golpe teatral.....	151